

las formulaciones de León XIII, la acción de los católicos debía circunscribirse al campo de lo social. Este es el contexto, y no otro, en el que, según Clement, se debe valorar la falta de sintonía entre la jerarquía y la resistencia.

Para el autor hay, además, otros dos principios que se deben tener en cuenta a la hora de interpretar la actuación de la jerarquía frente al gobierno de Vichy. En primer lugar, que las relaciones entre la iglesia y la república se remontan a 1918 y no son, por tanto, una novedad derivada del establecimiento del gobierno de Vichy; en segundo lugar, la necesidad de no perder de vista el severo régimen de censura impuesto por las autoridades alemanas en la Francia ocupada.

El libro se estructura en cuatro capítulos que abarcan cuatro períodos en este proceso: 1. La adhesión al Estado francés. Julio 1940-diciembre 1941; 2. La lealtad episcopal: espíritu y práctica. 1940-1942; 3. La falta de entendimiento entre la jerarquía y los católicos de la resistencia. 1941-1942; «Leales» contra viento y marea. Noviembre de 1942-agosto de 1944.

La conclusión del autor es que la Iglesia en Francia no reconoció el Estado de Vichy como una realidad unitaria durante los cuatro años de existencia; y que los obispos supieron aportar su discreto apoyo a la facción que a su entender servía mejor a los intereses superiores del país. Un ejemplo de ello puede ser la actuación de la jerarquía en el delicado momento de diciembre de 1943. En esa fecha la noción de legitimidad estaba eclipsada. No había ninguna certeza sobre que el Estado miliciano actuara en favor del bien común francés, a pesar de que el mariscal Petain detentaba personalmente el principio de legitimidad; pero tampoco había certezas sobre el hecho de que fuera la resistencia la que detentaba alguna porción de legitimidad. Ante esta situación de duda, la jerarquía mantuvo una posición equidistante respecto al Estado miliciano y respecto a la resistencia. Algunas facciones no admitían esta opción, en momentos en los que las pasiones hacían difícil un juicio objetivo de la situación.

No cabe duda que el libro es interesante, tanto por la documentación utilizada, como por el modelo metodológico utilizado para abordar una temática y un período aun controvertidos.

F.M. Requena

José Luis COMELLAS, *Historia breve del mundo contemporáneo*, Rialp, Madrid 1998, 398 pp.

Historia breve del mundo contemporáneo, con el añadido «y del mundo actual», podría ser el título completo de esta obra. De hecho, como el mismo autor señala en la introducción, «la época de las Revoluciones que conducen del Antiguo al Nuevo Régimen plantea una problemática que en muchos aspectos no ha terminado de resolverse aún en nuestros días, y resulta por tanto *actual*» (p. 14). Este libro de Comellas ofrece un recorrido ameno y que invita a la reflexión por los principales acontecimientos del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Destaca una buena selección de los hechos, que se entrelazan con eventos del pasado y se relacionan con acontecimientos que hoy día también son ya parte de la historia. El resultado es una visión global bastante completa del desarrollo histórico y político de las sociedades actuales.

Comellas arranca del período revolucionario, adentrándose para ello en el siglo XVIII: de la emancipación de los Estados Unidos a la revolución francesa, seguida de la gran revolución que independiza América latina. Son hechos relacionados entre sí, que marcaron el paso a un nuevo régimen, que había germinado ya en las conciencias de los intelectuales del siglo XVIII.

La realidad que sigue a las revoluciones no fue, sin embargo, continuadora de éstas, sino en todo caso manifestación de su espíritu. La restauración y los períodos revolucionarios del siglo XIX no consagran ni la vuelta al antiguo régimen, ni el rechazo de las ideas liberales, ya despojadas de su carácter radical militante. La herencia de este período es más bien el liberalismo histórico o sistema dirigido por

minorías distinguidas, consagrador de los *partidos políticos* y de la diversidad de opinión en el ámbito público. *Nuevas* minorías impulsoras de importantes iniciativas financieras que conducen a la revolución industrial y transforman las sociedades con planteamientos sociales hasta entonces inéditos.

El libro sintetiza el acontecer de la segunda mitad del siglo XIX, los nacionalismos y el panorama mundial del período 1848-1870. El dinamismo de estos años es presentado en cinco apartados, desde el ciclo de las revoluciones de 1848 hasta el despegue de Japón y Estados Unidos como potencias mundiales, pasando por la época de Napoleón III, la unificación de Italia y el proceso de unidad alemana. A partir aproximadamente de 1870 se puede hablar, según Comellas, del inicio de una nueva edad histórica, caracterizada por un cambio de mentalidad en el hombre occidental: la afirmación de un progreso continuado, fundado en el dominio por el hombre de los recursos de la naturaleza. Se fortalece el poder del Estado y la necesidad de expandir su mercado para poder subsistir, la cual lleva consigo el incremento del poder militar. Es la época en que las «Grandes Potencias» invocan la paz a la vez que presumen de su fuerza armada.

En los años posteriores a 1870 se puede decir que está consolidada la mentalidad positivista, es decir, una confianza ciega en que el progreso material es suficiente para hacer más feliz al hombre: convicción que llevará a distanciar la ética de la ciencia, y a poner a ésta al servicio de la técnica. Es la «era de los inventos», que cambia la calidad de vida y las costumbres, las comunicaciones y las posibilidades de trasportes rápidos de personas o mercancías.

Queda manifestada la paradoja de la «paz armada», cuyas contradicciones se evidenciarán con la primera guerra mundial. Mientras esto no acontece, Comellas conduce al lector por los ideales del imperialismo y colonialismo caracterizadores de las grandes potencias de finales del siglo XIX, y señala el enorme

fallo que sustentaron: la sumisión de pueblos débiles a los más fuertes, la explotación de los recursos naturales en beneficio de las potencias colonizadoras, imposiciones y abusos; y, junto a ello, la alfabetización de pueblos que hasta entonces no disponían de este instrumento cultural, la evangelización cristiana, la tecnología, la sanidad, el derecho, los conceptos de libertad e dignidad, incluso el concepto de Estado.

Comellas presenta la crisis del siglo XX. No se trató de una recesión económica, ya que los hechos parecían confirmar la confianza positivista en el progreso irreversible. En efecto, la conjuntura económica había mejorado considerablemente respecto al siglo precedente: el automóvil, el cine, y los aparatos movidos por la electricidad constituían bienes cada vez más generalizados; se disponía de avión y radio; se difundían los plásticos; los «saltos de agua» hacían accesible una energía limpia, económica y aparentemente inagotable; el petróleo empezaba a ser utilizado para múltiples finalidades. La crisis se refiere a otro campo: el de las actitudes mentales. En este terreno, desde los anteriores años noventa había ido germinando la duda sobre el futuro humano: el desarrollo tecnológico excesivo traía consigo también ciertos peligros; la tecnología aplicada a los armamentos abría la posibilidad de un cataclismo en el caso de un conflicto bélico. En síntesis, no era tan seguro que el futuro humano fuese un porvenir feliz, y este hecho dio lugar a un desaliento que fue impregnando el pensamiento, la ciencia, la literatura, el arte e, incluso, la actitud ante los valores y las tradiciones. Comellas se detiene en campos tan variados como el científico, el mundo de las ideas (desde Nietzsche, a Bergson, Husserl, Heidegger, Sartre), el arte y la literatura. Conecta la crisis también con la primera guerra mundial (1914-1918), que puso fin a la *belle époque* del progreso y de la seguridad del hombre en sí mismo y en sus fuerzas.

El sentido de crisis y de decadencia permanece en el período de entre guerras, aunque

algunos años de la tercera década, sobre todo entre 1926 y 1929, hayan dado origen a la idea de «los felices años veinte». Con apreciables dotes de síntesis y de análisis, Comellas trae a la luz las dificultades para la reorganización económica y política de los países en el período de posguerra, así como la vinculación entre los acontecimientos de la revolución soviética de 1917 y el conflicto mundial.

Los «felices años veinte» quedaron truncados por la gran depresión de 1929, que significó no sólo una catástrofe económica de dimensión mundial, sino que facilitó la vuelta a un clima crispado entre las naciones, una especie de «sálvese quien pueda». Internamente, en la mayoría de los países se dio un aumento de la autoridad de los gobiernos, porque el combate a la depresión y el paro exigía una política intervencionista fuerte. Además, en algunos Estados esa tendencia a regímenes autoritarios degeneró en sistemas totalitarios: en Italia el fascismo, en Alemania el nacionalsocialismo, y en los demás países otros movimientos y partidos de corte fascista. Si a esto se une el carácter general militarista, la exaltación del nacionalismo y el hecho que la industria armamentista constituía un instrumento de potente eficacia en la lucha contra el paro, se comprende como los años treinta cultivaron el ambiente propicio para el estallido de la segunda guerra mundial.

Los años de la guerra, con sus estrategias, batallas, sorpresas y revanchas, son presentados por el Autor con agilidad, poniendo de manifiesto el juego de intereses y los orgullos de parte. El nacimiento y fortalecimiento de la Organización de las Naciones Unidas queda también reflejado en breves líneas. Comellas cierra la obra con unas páginas sobre los aspectos más destacados de los años que siguieron a las paces de 1945. Al llegar a este punto el lector tiene ya un bagaje de conocimientos que permiten comprender mejor el mundo actual y discernir algunos principios y líneas de acción que hacen posible mirar con esperanza al porvenir. En resumen, una obra de alta di-

vulgación, útil para todo el que se acerque con interés a los acontecimientos de los últimos dos siglos del segundo milenio.

M^a A. Ferrari

Germán Doig, *Juan Pablo II y los movimientos eclesiales. Don del Espíritu*, Vida y Espiritualidad, Lima 1998, 126 pp.

Germán Doig, vicario general de Sodalidad de Vida Cristiana, presenta el magisterio de Juan Pablo II sobre los movimientos eclesiales. Se trata de tres discursos pronunciados con motivo del Congreso mundial de movimientos eclesiales celebrado en el marco de la solemnidad de Pentecostés de 1998. La reunión fue una iniciativa del Papa, lo que resultó novedoso de por sí, y así lo sintieron los miembros de los diferentes grupos convocados. Juan Pablo II describe a estos movimientos como un don del Espíritu, fruto de la nueva primavera espiritual que vive la Iglesia tras el Concilio Vaticano II y un motivo de esperanza. Frente al «pensamiento débil» y a la marginación práctica de Dios en la sociedad, los movimientos promueven un «anuncio fuerte» del Evangelio y un nuevo fervor a la vida cristiana.

Destaca el redescubrimiento de la vocación bautismal como una llamada al misterio de comunión en Cristo con los demás seres humanos. El impulso misionero que brota de los movimientos lleva el signo de la preocupación por los más necesitados. Juan Pablo II habla de la Iglesia como «movimiento» en sentido análogo, pues ella penetra en los corazones y en las conciencias suscitando respuestas en las personas. La unidad con el Romano Pontífice a través de los obispos es una característica de estas nuevas formas de religiosidad, y la diversidad de carismas que se detectan en los diferentes movimientos son otras tantas formas de servir a la Iglesia en su conjunto. Carisma e institución, términos inseparables en la Iglesia, merecen una especial atención en este libro. Juan Pablo II sale al paso de los desencuentros provocados en ocasiones por el florecer de los